

Índice

Prólogo	9
PARTE I. LA EXPLORACIÓN DE LOS HIELOS	12
El hombre ante los hielos de la Tierra	17
Del primer homínido a los comienzos de la civilización actual	17
Un largo y cálido verano	20
Los griegos, los hielos y Ptolomeo	23
<i>La mirada del viajero</i>	27
Los límites helados del planeta	31
<i>Leyendas de los glaciares</i>	37
La conquista de los polos	41
James Cook	47
Horace Bénédicte de Saussure: del mito a la razón	53
<i>Alpinistas de los hielos</i>	59
Agassiz, Tyndall, Wegener y Charcot, científicos en los hielos	63
<i>El enigma de los bloques erráticos</i>	71
Los primeros navegantes antárticos: la expedición de James Clark Ross	73
<i>Curiosidades de la fauna antártica</i>	79
Navegantes del Ártico. Los pasos del Noroeste y el Nordeste	83
El mayor desastre de la exploración del Ártico: John Franklin	91
Roald Amundsen y el paso del Noroeste	95
El precursor: Fridtjof Nansen	99
Luis de Saboya, un aventurero de sangre azul	103
¿Dos americanos en el polo?	111
Robert Peary	115

Frederick Albert Cook	119
Vuelos sobre los polos	123
La gran carrera polar	127
Reza para que te envíen a Shackleton	141

PARTE II. GLACIARES Y GLACIACIONES

Los paisajes glaciares	151
El escenario del frío	151
<i>Los climas glaciares</i>	155
El significado del paisaje cambiante	157
Científicos y glaciares	160
El estudio de los glaciares	165
<i>Diez citas clásicas</i>	171
El reciente encuentro con los hielos polares	173
Tipos de glaciares	177
Los elementos y la dinámica glacial	181
<i>Riesgos glaciares</i>	184
<i>Las cuevas heladas</i>	188
Glaciaciones	189
<i>Colonos del espacio</i>	193
Glaciares del mundo	197
Glaciares del mundo de norte a sur	199
El océano Ártico	199
<i>Viaje al frío: travesía al Polo Norte</i>	203
Spitsbergen	204
Groenlandia	204
Alaska	207
<i>Viaje al frío: Islandia, las catedrales de hielo del Vatnajökull</i>	211
Montañas Rocosas	212
Cordillera Blanca	212
Campos de Hielo Patagónico	215
<i>Viaje al frío: la travesía del Hielo Patagónico Sur</i>	219
La cordillera Darwin	220
<i>Viaje al frío: la Dama Blanca</i>	223
Las Shetland del Sur	225
Georgias del Sur	226
<i>Viaje al frío: la travesía de Shackleton en Georgias del sur</i>	229

La Antártida	230
<i>Viaje al frío: la Tierra de la reina Maud</i>	232
Glaciares del mundo de este a oeste	233
Los Alpes	233
<i>Testimonio de un viejo guía</i>	237
El Karakórum	238
<i>Viaje al frío: el glaciar de Baltoro</i>	241
El Nanga Parbat	243
<i>Viaje al frío: la marcha a la vertiente del Diamir</i>	247
El Everest	249
Nueva Zelanda	250

PARTE III. LOS GLACIARES ESPAÑOLES. Los glaciares actuales del Pirineo español. Su evolución

hasta el siglo xxi	252
Rasgos generales del sector del Pirineo español donde aún permanecen pequeños glaciares	253
Glaciares antiguos y recientes del Pirineo central español entre los macizos del Balaitus y del Besiberri	259
Las etapas básicas	261
La Pequeña Edad del Hielo	261
Las huellas antiguas	263
Los hielos recientes y actuales	266
Evolución general en el último siglo	268
Formas locales de la evolución glaciar	278
Área del Gállego	278
Valle del Ara	282
Valle del Cinca	288
Valle de Benasque	293
El área del Noguera Ribagorzana	302
Tras más de treinta años de observaciones. Repaso último al fin del siglo xx y al inicio del xxi	304
Sector occidental	304
Sector central	304
Sector oriental	304
Glosario	307
Los autores	311



| La gran carrera polar |

Al contrario que en el Polo Norte, jamás se ha cuestionado quién llegó primero al Polo Sur. Fue el grupo del noruego Roald Amundsen y sucedió el 14 de diciembre de 1911. Ese día el noruego resultó vencedor en el duelo que mantenía con el grupo británico que lideraba el capitán Robert Falcon Scott. Además de ser una de las hazañas más importantes de su tiempo, también desembocaría en uno de los dramas que más impacto tendría en la opinión pública, convirtiéndose en el símbolo de la etapa heroica de las exploraciones polares. Y, quién lo iba a decir, en buena medida serían las noticias de Peary y Cook reivindicando la llegada al Polo Norte las que precipitarían los hechos.

Desde que era tan sólo un adolescente, Amundsen había puesto sus ojos en el Polo Norte. En realidad sus primeras expediciones habían sido peldaños de una escalera para acceder

a su objetivo más ambicioso. Su idea era repetir la ruta de Nansen: dejar derivar al *Fram* para posteriormente alcanzar el Polo. Para ello lo primero que tuvo que hacer fue pedir permiso a Nansen para poder utilizar el barco construido expresamente para enfrentarse a los hielos. Nansen, en un rasgo de generosidad, accedió a la petición de Amundsen, aunque él mismo tenía en mente realizar una expedición a la Antártida con el *Fram*. Pero cuando en 1909 la prensa se hizo eco de la noticia de la conquista del Polo Norte por los dos estadounidenses, Amundsen comprendió que su proyecto, que era la razón de su vida, se venía abajo si no reaccionaba rápidamente. Así, en secreto, comenzó a preparar la expedición al Polo Sur. Por un lado, como casi siempre, tenía problemas económicos, y mientras seguía recaudando fondos, contando las ventajas científicas de explorar el Árti-

Las formas de hielo y nieve en la planicie antártica en la Tierra de la Reina Maud.



co, Amundsen ya había decidido conquistar el Polo Sur. Durante toda su vida, a pesar de sus grandes logros, Amundsen, más frío y menos simpático, un autócrata por temperamento, nunca lograría despertar las simpatías que tuvo Nansen, ni siquiera en su país natal. Había además problemas adicionales, pues un oficial británico, Robert F. Scott, ya había anunciado previamente que se dirigía a la Antártida y, según los códigos no escritos de la época, podía ser considerado un intruso. Por último, pero no menos importante, es que Amundsen, con su proceder, estaba traicionando la confianza de Nansen, que había abandonado sus propios planes para realizar precisamente una expedición al continente austral y le había cedido el *Fram*. Sin embargo, Roald Amundsen ya había tomado su decisión.

Casi de puntillas, Amundsen partió de Noruega. Una vez en alta mar comunicó a la tripulación su decisión de dirigirse a la Antártida. Luego envió telegramas al rey Haakon de Noruega, a

Nansen y a Scott, revelándoles sus verdaderos planes. «Me permito informarle que el *Fram* se dirige a la Antártida». Con este telegrama enviado al capitán Scott, se iniciaba la más legendaria carrera de exploración, posiblemente el suceso acaecido en las regiones polares con más repercusión popular; la aventura polar que más prensa, literatura y películas ha provocado. La apuesta del noruego era muy atrevida, pues era consciente de que si era derrotado, el engaño que había urdido se volvería en su contra.

Pero, como Julio César al cruzar el Rubicón, la suerte del noruego estaba echada. Y, sin ellos ser conscientes, también la de los ingleses. Unos años antes Nansen había aconsejado a los británicos la utilización de perros para sus expediciones, pero ni Scott ni Shackleton, las dos grandes figuras británicas de la exploración polar de estos tiempos, siguieron sus consejos. Esto resulta sorprendente si tenemos en cuenta que, por estos mis-

Montañas
flanqueando el
canal Lemaire
(península
Antártica).

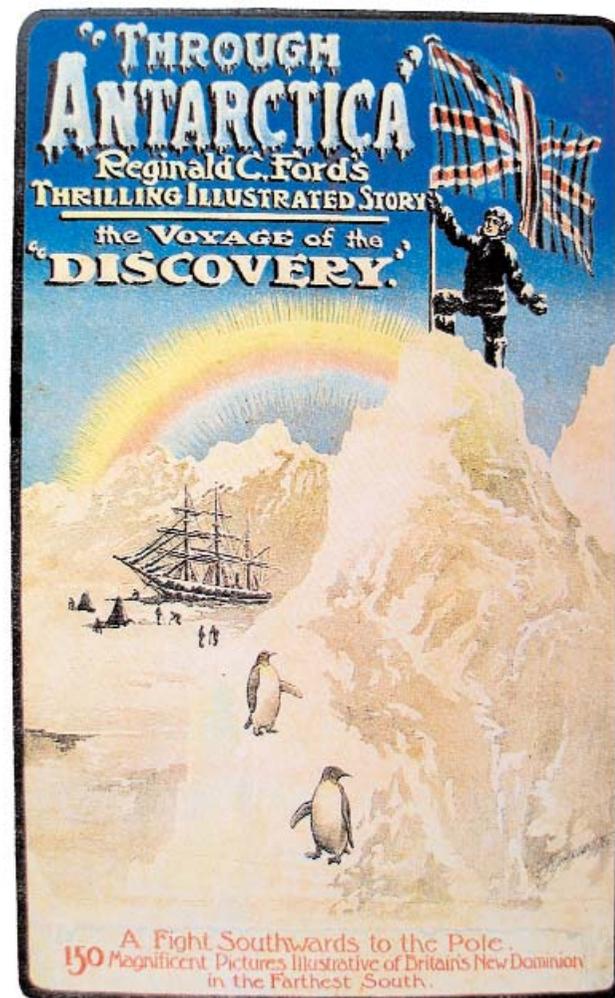


Una de las primeras ediciones de *El viaje del Discovery*.

mos años, Robert Peary y Luis de Saboya ya los habían utilizado en sus expediciones con notables resultados. Los ingleses defienden, como en la montaña, una especie de mística personal, de *fair play*, que rechaza el maltrato a los perros. Unos años antes, en el congreso de Geografía celebrado en Berlín en 1899, Scott había cruzado unas palabras con Nansen, que, conociendo lo sucedido después, son muy reveladoras. Hablando del uso de los perros en otras expediciones, Scott no dudó en calificar «este sistema como cruel»; inmediatamente se levantó Nansen y le contestó: «Cierto que es cruel utilizar perros, pero ¿no es igualmente cruel exigir a los hombres un esfuerzo extenuante?».

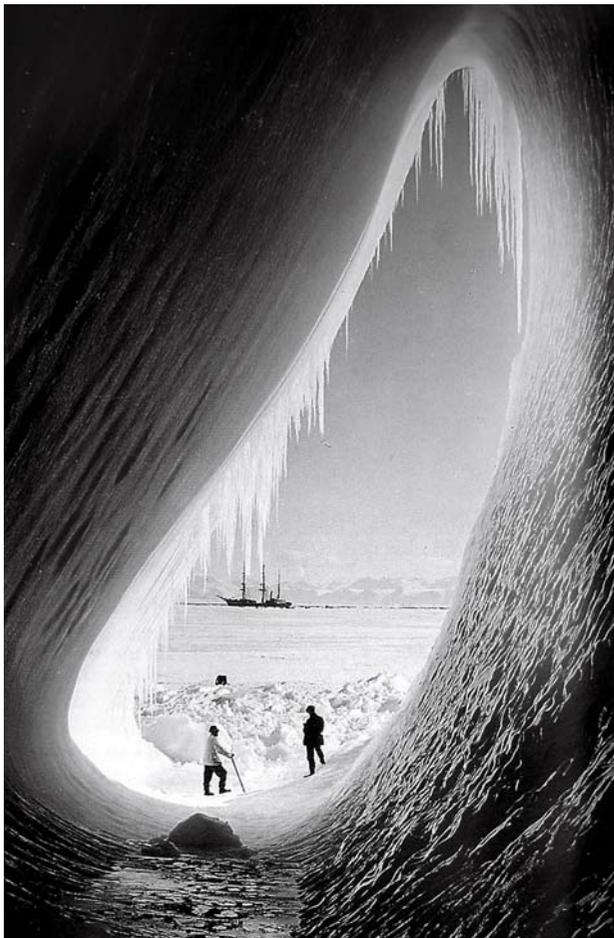
Naturalmente, Amundsen no tiene estos problemas de escrúpulos. En sus planes, concienzudamente preparados y desarrollados con extremo rigor y frialdad, como en él son habituales, los perros, además de ser la principal fuerza de arrastre, servirán de alimento tanto a los expedicionarios como a los demás perros durante la travesía hasta el Polo y el regreso. Sabe que la clave para llegar antes que los británicos al Polo es un equipo ligero, eficiente y rápido. Los pilares en los que basa su expedición, y el éxito, son los trineos ligeros, esquiadores expertos y los perros bien entrenados.

Frente a un grupo tan experto y eficiente, el que dirige el capitán Scott no tiene ni mucho menos las ideas tan claras ni está tan preparado ni es tan competente. Los británicos zarpan de Gran Bretaña el 1 de junio de 1910, un día cálido y soleado. Todos ellos saben que se despiden de ese sol y el calor durante muchos meses, pues no regresarán a casa antes de dos años. Algunos, quizás, intuyan que no volverán. El *Terra Nova*, un modesto barco que, por falta de presupuesto, ni siquiera es el mejor para navegar por los mares plagados de témpanos, pone rumbo al sur, a la última región hostil del planeta que se opone al dominio y conocimiento del hombre, la Antártida. Pero aquellos hombres forjados en los rigores del mar compensan con sus habilidades y entusiasmo la precariedad de los medios de que disponen. En enero de 1911 desembarcan en el cabo Evans, al límite de los hielos, y construyen una cabaña de madera para poder sobrevivir en el duro invierno antártico. Dentro de la austera cabaña, tan lejos de sus casas, no faltan tampoco lo que pueden considerarse ciertos lujos: libros, proyector de cine, cámaras de fotos, pinturas o instrumental para realizar experimentos científicos.



Es el siglo de la ciencia lo que representa aquella cabaña, que aún se mantiene en pie en el mismo sitio contando su conmovedora historia.

Frente al Ártico, que es un océano congelado durante buena parte del año, la Antártida es un continente aplastado por la mayor masa de hielo del planeta. Prácticamente en su totalidad, sus catorce millones de kilómetros cuadrados de superficie se encuentran sepultados por una gigantesca capa de hielo que puede superar los cuatro mil metros de espesor. La mejor palabra para definir el último continente en ser descubierto es *extremo*: sus temperaturas de hasta 90° bajo cero, sus vientos huracanados de más de doscientos kilómetros por hora, sus mares traicioneros cubiertos de témpanos a la deriva tan grandes como islas. Todo en él es riguroso y extremo. Y en este escenario implacable, durante todo el invierno austral, los dos grupos se preparan mirando de reojo a su adversario. La confirmación de que el noruego Roald Amundsen se encuentra acampado no muy lejos de ellos y que su campamento se encuentra enclavado cien kilómetros más cerca del Polo Sur, traslada cierta presión e inquietud al grupo británico. El capitán Scott sabe que el noruego es un serio competidor, que, sin tenerlo previsto, puede arrebatarse la gloria de ser el primero en pisar ese punto del planeta que,



desde el origen de los tiempos, está esperando a su primer explorador. De repente, por aquellos guiños que a veces cambian el destino, después de cientos de años sin que nadie se interese por el Polo Sur, dos grupos de exploradores, británicos y noruegos, van a entablar al mismo tiempo una reñida, y no disimulada, competición por ser los primeros en alcanzar una meta que es una quimera geográfica, un punto perdido sobre el que la Tierra gira incansablemente en el universo, pero, al fin y al cabo, uno de los extremos helados del planeta, el penúltimo gran *finisterre* que alcanzar. El último será, obviamente, el Everest. Mientras que los británicos oponen fuerza, coraje y orgullo, el carácter frío y metódico de Amundsen hará valer una rigurosa planificación basada en su experiencia polar adquirida con los esquimales. Amundsen, sobre todo, sabrá leer en toda su complejidad el colosal reto al que se están enfrentando. Su logística será sencilla, pero precisa; sus órdenes, equivocadas o no, inamovibles; y su apuesta, clara. El entramado británico, más que complejo, es diverso y caótico, basado en multitud de sistemas de arrastre: orugas mecánicas, ponis siberianos y perros, y muy pronto se mostrará ineficaz, demostrando su debilidad a las primeras de cambio. Amundsen ha aprendido de sus grandes maestros, su compatriota Nansen y los esquimales, las lecciones básicas del avance y supervivencia en las regiones polares. Utilizará vestimentas como las de los esquimales y empleará trineos más ligeros. Para su arrastre los noruegos utilizarán perros, cuyo manejo conocen muy bien. Para Amundsen su único objetivo es la



De izda. a dcha.
Una de las mejores fotografías del viaje del *Discovery*. El capitán Robert Falcon Scott. George Mallory y su mujer Ruth.

conquista del Polo sin otros proyectos científicos que puedan distraerle de su objetivo principal. Esta cuestión, en cambio, sí que formaba parte del proyecto británico y les exigirá numerosos sacrificios, como el famoso viaje de invierno en busca de huevos del pingüino emperador.

Cuando se comparan los relatos de ambas expediciones no podemos por menos que preguntarnos cómo, habiéndose realizado las dos en las mismas fechas y casi por el mismo terreno, la noruega parezca sencilla, casi insultantemente fácil, mientras que la británica fracasa estrepitosamente; eso sí, con un carácter tan épico que va a convertir a sus protagonistas en héroes legendarios. Y ésta es la segunda de las conclusiones destacables, pues no deja de ser paradójico que, mientras Scott se transforma a los ojos de la opinión pública en un héroe, Amundsen —sin ningún género de duda el explorador polar de mayor éxito de la historia— nunca fue un personaje popular, ni siquiera demasiado querido en Noruega. A su regreso Amundsen apenas recibió reconocimiento por su triunfo. En este frío recibimiento influyó la controversia de Amundsen con Hjalmar Johansen, que era un hombre muy apreciado en Noruega. La opinión pública fue influida por la prensa británica y buena parte de ella creyó que el noruego había ganado de forma poco limpia. Y sin duda la postura de Amundsen de cambiar de objetivo sobre la marcha, sus acciones tomadas con rapidez y en secreto, demuestran un cambio de planes meditado y un espíritu competitivo muy fuerte que, como ya hemos comentado, era poco frecuente en aquellos años. Pero nada de eso convierte a la figura del noruego en despreciable ni le hace responsable de los errores de otros.

Por el contrario, la obstinación, la falta de visión y liderazgo, en fin, un cúmulo de errores, van a catapultar al capitán Scott a la fama inmortal. Por Scott, es decir por la repercusión de su hazaña en el pueblo británico, Ernest Shackleton intentará dos años más tarde la travesía del continente antártico. Por Scott, y su decepcionante derrota, los mejores alpinistas de comienzos del siglo xx transformarán al Everest en el Tercer Polo, convirtién-

El grupo británico del capitán Scott (al fondo) en su cabaña. El tercero a la izquierda es Cherry-Garrard.



dolo en el nuevo reto, librando a continuación una aventura no menos colosal ni épica, en la que George Mallory (que, no deja de ser curioso, quiso conocer a la viuda de Scott poco antes de partir), desaparecería cerca de la cumbre junto con su compañero Andrew Irvine, para completar el panteón de los héroes británicos modernos. Y aunque ambas terminen en sonoros fracasos, su aportación a la historia de la aventura, a la exploración polar o a la conquista de las grandes cumbres del Himalaya, va a ser enorme.

La forzada espera le hace cometer a Amundsen su único error. La impaciencia le hace precipitarse y se lanza hacia el Polo muy pronto, el 8 de septiembre; ocho días más tarde, derrotados por las duras condiciones climáticas, con temperaturas de hasta 50° bajo cero, han de darse la vuelta. En esa retirada Amundsen regresa a su base a un ritmo muy rápido, dejando atrás a dos compañeros en condiciones muy precarias. Johansen, el viejo compañero de Nansen, reprochó esta actitud a Amundsen. Fue la gota que colmaba el vaso de las discrepancias con el líder de la expedición. Es probable que algunos de los reproches de Johansen fueran justos, pero Amundsen no podía tolerar que su autoridad sobre el grupo se viera agrietada, y no contaría con él para el ataque definitivo. A raíz de este suceso Johansen sería apartado del grupo de los cinco hombres elegidos para compartir la gloria de ser los conquistadores del Polo Sur, siendo enviado de vuelta a Noruega antes de que fuesen recibidos sus compañeros como héroes. Poco tiempo después, sumido en el

alcohol y la depresión, se suicidaría el que fuese compañero de Nansen y Amundsen en dos de las mayores aventuras polares de la historia.

El intento definitivo se produce un mes más tarde, el 20 de octubre de 1911. Amundsen ha elegido como compañeros a cuatro hombres de perfil muy diferente, pero que, en conjunto, forman un equipo imbatible: un especialista en perros, Helmer Hanssen; un aduanero, Sierrre Hassel; un campeón de esquí, Olav Bjaaland —a quien precisamente debemos una de las más bellas frases sobre el Polo: «Tengo el Polo Sur al alcance de la vista, y puedo escuchar como rechina el eje terrestre»—; y un arponero de ballenas, Oscar Wisting. El viaje de ida y vuelta de los noruegos hasta el Polo Sur demuestra que, a pesar de sus defectos, Amundsen era uno de los más profundos conocedores del medio polar. En tan sólo cincuenta y cinco días los noruegos logran alcanzar, con relativa facilidad, el punto que señala la latitud 90° sur. Para comprobar que efectivamente se encuentran en esa latitud, durante tres días los noruegos realizan mediciones con el sextante, algo que no han hecho ni Peary ni Cook en el Polo Norte. Antes de irse, abandonan una tienda negra en ese punto con una bandera noruega y dentro de ella una carta para Scott. El 25 de enero de 1912 el victorioso grupo noruego regresa sano y salvo a su base en la costa antártica. Más tarde Amundsen escribiría sobre el momento de su llegada al Polo Sur una de las frases más contradictorias de la exploración de los polos: «Nunca he conocido a nadie que se haya visto tan diametralmen-

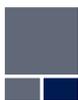




La *Sourire*
navegando con
el monte Wandell
en el fondo.



Dibujo
representando
al grupo noruego
en el Polo Sur.



El camino infinito
al Polo Sur.

te enfrentado a sus deseos. Desde niño he soñado con llegar al Polo Norte y heme aquí en el Polo Sur».

La victoria de los noruegos no fue debida a la fortuna o la casualidad. Estaba escrita de antemano. Se basaba en una correcta evaluación de los problemas a los que tuvieron que hacer frente y a una planificación rigurosa. Su jefe, Amundsen, poseía una gran experiencia, era valiente y sus decisiones se demostraron acertadas en casi todas las expediciones que acometió. Y además era una persona solidaria, como lo demuestra el apoyo incondicional que brindó a Cook o cuando salió en busca de Nobile. Paradójicamente, a pesar de todos sus grandes éxitos, fue un hombre desdichado al que le afectaban las críticas y que en el fondo siempre anheló el respeto y el cariño del que gozaba Nansen, el verdadero héroe de Noruega.

La suerte corrida por Scott y sus compañeros fue, desgraciadamente, muy diferente. Los británicos pagarían las consecuencias del encadenamiento de una serie de decisiones equivocadas. Movilizaron una enorme infraestructura, mucho menos eficiente y operativa que la de los noruegos, que pronto comenzó a fallar. Las orugas mecánicas se estropearon enseguida, los ponis de Manchuria aguantaron más, pero al final tuvieron que ser sacrificados, pues el sudor se les congelaba hasta matarlos. Al elegir ponis en lugar de perros, los británicos habían hecho un cálculo superficial, que pronto se reveló erróneo. En efecto, un perro arrastra cincuenta kilos, y un poni, ochocientos, pero no contaron con que los caballos transpiran por todo el cuerpo, lo que les hace más vulnerables al frío, mientras que los perros sólo lo hacen por la lengua y pueden dormir al aire libre a 40º bajo cero. Por último, los británicos partían con un enorme lastre. El liderazgo de Scott se demostró muy inferior al de Amundsen, y eso, en situaciones críticas, es vital para la seguridad del grupo.

Robert Falcon Scott es un capitán de la prestigiosa marina inglesa, que, basada en una disciplina férrea, ha impuesto su dominio en los mares desde finales del siglo XVIII. Además, Scott no es un soñador imaginativo, como Mallory, ni un geógrafo de talento como los que acaban de topografiar el Himalaya en una gesta sin precedentes. Tampoco es un hombre de ciencia y acción, de rigor y método, como el Duque de los Abruzos. Scott es simplemente un oficial apegado al sentido del deber, un hombre que ni siquiera pueda imaginar su vida fuera de la marina real.

Es de ese tipo de oficiales que ha impuesto la Union Jack desde Calcuta hasta Lhasa, que ha colonizado África, que ha vencido en Trafalgar o ha sido derrotado en Toulon o Kabul. Ha aparecido cientos de veces en la historia inglesa dirigiendo a sus tropas en las batallas, con la misma energía férrea, dura, y una voluntad inquebrantable, equivocada o no, que se adivina en el rostro frío y exhausto con el que mira a la cámara que le está inmortalizando en el Polo Sur. Su vida y sus experiencias en la Antártida no se entienden sino desde este prisma. Hay un hecho clave, además de todos los descritos. Wilson, que ejerce una gran influencia en Scott, concede mucha importancia a su programa científico y, quizás por ello, ha subestimado las dificultades del continente antártico. Merece la pena que nos detengamos un momento para analizarlo.

Edward Wilson había nacido en 1872 en el seno de una familia de ornitólogos. En las expediciones de Scott desempeñaría las tareas de científico, ornitólogo y artista, siendo uno de los hombres clave. A Wilson le interesaba especialmente la embriología del pingüino emperador. A la vuelta de su primer viaje al Polo Sur, acompañando a Shackleton y Scott, estuvo trabajando en un huevo de esta especie de pingüinos, muy poco conocida entonces, pero comprobó con pesar que el embrión estaba en una etapa demasiado avanzada como para poder ser útil en la hipótesis que quería demostrar. Sin embargo, ese estudio le permitió concluir que los pingüinos emperador iniciaban la incubación a finales de junio o primeros de julio, es decir en pleno invierno antártico. Eso indicaba un ciclo de cría completamente distinto al de los demás pingüinos y, de paso, la necesidad de ir a buscar unos huevos cuando estuvieran incubándolos, justo en las peores condiciones del continente antártico. Aquella búsqueda se terminaría convirtiendo en uno de los viajes más extraordinarios de todos los tiempos y su peripecia la dejó plasmada Apsley Cherry-Garrard en uno de los libros más bellos y emotivos de la literatura de exploración de todos los tiempos: *El peor viaje del mundo*. Conviene recordar este viaje no sólo por su posterior influencia en la expedición de Scott, sino porque representa, en sí mismo, una de las más importantes aventuras vividas en la Antártida, y porque además es la mejor forma de hacer justicia a los británicos y de conocer realmente a las personas que sostienen estas expediciones.



Todo comienza en 1904, seis años antes de la expedición definitiva de Scott, cuando Wilson regresa a Inglaterra de la primera expedición de Scott a bordo del *Discovery* y ordena los estudios científicos que ha traído del continente helado, dando especial importancia a los del *Aptenodytes Forsteri*, el nombre que le ha sido asignado al pingüino emperador tras la expedición de Ross. En una carta a su padre, Wilson le confesaba: «Quiero que mi monografía sobre el pingüino emperador sea un clásico». Poco antes de partir para la Antártida, Wilson estaba especulando con la posibilidad de que el pingüino emperador fuese una forma primitiva de ave y, tal vez, un eslabón evolutivo entre reptil y ave. Aquel empeño, convertido en reto imposible, sería decisivo para que Wilson regresara a la Antártida en 1910. De sus diarios y cartas que envió se deduce con claridad que la investigación sobre el pingüino emperador fue la razón principal para regresar con Scott. Cuando los compañeros de éste encontraron sus cuerpos sin vida y las pertenencias de los expedicionarios, se hallaban a menos de veinte kilómetros del depósito que habían bautizado como Una Tonelada, es decir de la salvación. Estupefactos, sus amigos observaron que en el trineo que iban arrastrando había más de catorce kilos de rocas y fósiles. Aunque ahora nos pueda parecer asombroso, era la consecuencia de una voluntad



entregada a la ciencia. Wilson había escrito una carta a su esposa desde la Antártida en la que le decía: «Necesitamos el trabajo científico para que la conquista del Polo sea simplemente un detalle en los resultados». Ésta es una diferencia importante con el grupo noruego que quizás no siempre ha sido justamente valorada.

El 26 de junio de 1911 tres hombres abandonaban la cabaña donde estaba recluido el grupo británico y se ponía en marcha hacia el cabo Crozier, donde sabían que existía una importante pingüinera de emperadores. Con el fin de corroborar su teoría, Wilson necesitaba analizar un embrión en las primeras etapas, para investigar sobre la evolución de las plumas a partir de las escamas de los reptiles. Ése fue el origen de plantearse aquel brutal viaje. En pleno invierno antártico, es decir con temperaturas que sobrepasan habitualmente los 60° bajo cero, Wilson, Bowers y Cherry-Garrard emprenden un durísimo viaje, cuya finalidad científica aún nos causa asombro. Scott, que no participa en el mismo, lo calificaría como «el viaje más duro que se haya realizado jamás». Como es natural, Wilson dirigía el grupo. Había elegido como acompañantes a Henry Bowers (que correría su misma suerte a la vuelta del Polo Sur) y Apsley Cherry-Garrard, a quien había avalado delante de Scott para que fuese seleccionado para la expedición a pesar de su juventud. Es una suerte que el capitán Scott hiciese caso a sus sugerencias (aunque posiblemente también influyera el



Izquierda.
Dibujos de Wilson.
Derecha.
Wilson y Bowers
realizando
mediciones en
la Antártida.



Témpanos desgajados de las montañas antárticas (península Antártica).

importante donativo con el que Cherry había contribuido a la expedición), porque Apsley fue un testigo excepcional de aquella desgraciada expedición. Gracias a él sabemos que, mientras él estaba aterrorizado en aquel trayecto, inconcebible todavía hoy para el común de los mortales, Wilson se mostraba «siempre paciente, dueño de sí mismo, inmutable, el único hombre en la Tierra que podría haber dirigido este viaje». Los tres hombres estuvieron a punto de perecer en su busca del lugar donde incuban los pingüinos emperador. Las condiciones invernales que soportaron fueron tan terribles que estuvieron a punto de volverse locos. Tardaron diecinueve días en llegar y todavía tenían que recoger los huevos. El viento era tan espantoso que Apsley lo describió de la siguiente forma: «Jamás he oído, sentido ni visto un viento como éste. Me asombra que no arrastre la Tierra». Cherry-Garrard rompió dos de los cinco huevos que habían conseguido, ya que era miope, había per-

dido las gafas y se caía a cada paso. Luego emprendieron el camino de regreso, que aún fue más duro. En una de sus anotaciones en el diario, Cherry-Garrard refleja los padecimientos que tuvieron que soportar: «Un extremo de tal sufrimiento no puede medirse: la locura o la muerte pueden resultar un auténtico alivio. En aquel viaje todos comenzamos a pensar en la muerte como en un amigo». En otro momento, después de anotar la temperatura, 77° bajo cero, escribió escuetamente: «Ese día permanecerá en mi memoria como el día en que descubrí que las anotaciones no tenían valor». Y, poco después, se proclamó convencido de que «Dante tenía razón cuando situaba los círculos del hielo por debajo de los círculos de fuego».

Como es bien sabido, aquellos esforzados británicos llegaron a tiempo de recuperarse y participar en el ataque de la expedición de verano al Polo Sur. Antes de irse a su último viaje, del que no regresaría, Wilson escribió a la Royal Geographic So-



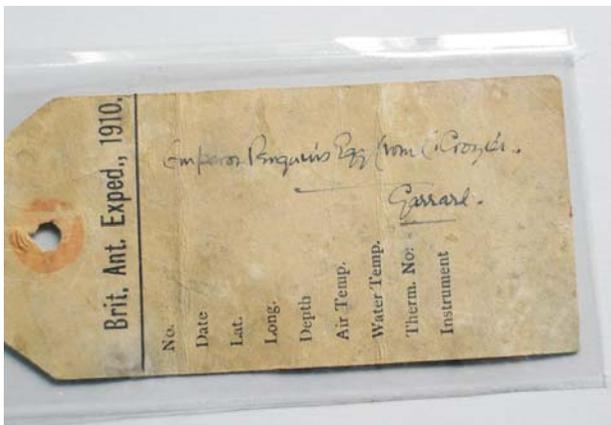
Los tres huevos de pingüino emperador de «el peor viaje del mundo» (Museo Historia Natural de Tring).

ciety informando de los progresos científicos de la expedición, con un estilo tan sobrio, típicamente británico, que apenas refleja lo que había costado conseguir aquellos tres huevos. Para su suerte, y para el resto de sus lectores, en el último momento el joven Cherry-Garrard fue excluido del grupo de los elegidos y enviado de vuelta a su base. Bowers y Wilson, al igual que sus otros tres compañeros seleccionados para llegar al final, no regresaron jamás.

El viaje de invierno demuestra que no pueden compararse las dos expediciones de la carrera polar sin más. Por otro lado, su método de arrastre era muy diferente. Al final Scott y sus cuatro compañeros arrastraron ellos mismos los trineos, sirviendo

de modelo a las expediciones modernas que no utilizan perros para ayudarse en su avance.

El equipo británico se pone en marcha al completo, pero poco a poco van regresando los diferentes miembros hasta dejar a un grupo de escogidos, que seguirá avanzando. En ese punto ya se percibe que hay demasiadas cosas que no funcionan bien, pero nadie es capaz de alzar la voz delante de Scott. Los ponis deben ser sacrificados y el 3 de enero Scott toma la decisión de que al día siguiente se vuelva el último grupo, pero elige cinco hombres en lugar de los cuatro previstos. Son Bowers, Wilson, Oates, Evans y el propio Scott. Es una decisión errónea que se revelará fatal, pues Bowers no tiene esquís y los trineos disponen de provisiones para cuatro. Scott desoye los consejos de Wilson de que elija a Tom Crean en lugar de Evans. Tres años más tarde Crean será uno de los hombres más importantes en la expedición de Shackleton. Los británicos se verán obligados a arrastrar ellos mismos el trineo, lo que les exige un tremendo esfuerzo y un formidable gasto de energía. Poco a poco, el frío y el agotamiento los irá consumiendo. Son hombres que nos conmueven, que nos provocan sentimientos encontrados. Por un lado, ninguno de ellos se plantea que haya cosas que se estén haciendo mal, quizás por disciplina o por lealtad al hombre que consideran, contra toda lógica, que va a sacarles del atolladero donde se están metiendo. Por otro lado, todas las mañanas, cada vez con menos fuerzas, se ponen en marcha y siguen aden-



Etiqueta confeccionada por Cherry-Garrard.



Izquierda.
El capitán Oates
encargado de los
caballos en la
expedición de Scout.

Derecha.
El grupo británico
en el Polo Sur
(fotografía realizada
con autodisparador).

trándose en lo desconocido. Arrastran el trineo monótonamente mientras el aire glacial, penetrante y frío, se cuele en sus pulmones y recibe de ellos el primer aliento humano en millones de años. La película que rodaron les muestra mirando al suelo mientras se esfuerzan por mover su pesada carga y, seguramente, dejan vagar el pensamiento por sus verdes campiñas natales, que no volverán a ver jamás.

El 14 de enero, a pesar de todas las evidencias en contra, Scott conserva sus esperanzas intactas, como refleja su diario: «Sólo setenta kilómetros. La meta está ante nosotros». Pero dos días más tarde todos son conscientes de la tremenda verdad: los noruegos se les han adelantado. El Polo Sur, a salvo de la curiosidad de los hombres desde el origen de los tiempos, va a ser visitado dos veces en el transcurso de unos días. Y a ellos, pese a su admirable esfuerzo, les ha correspondido ser los segundos, es decir, los perdedores. Una decepción que Scott traslada a su diario: «Todo el trabajo, todas las privaciones, toda la angustia, ¿para qué? Nada más que por un sueño que ahora se ha derrumbado». La visión de la tienda dejada por los noruegos treinta y cuatro días antes fue la última de las decepciones de la expedición británica. Dentro de ella encuentran una carta de Amundsen al rey Haakon de Noruega y un mensaje pidiendo a los británicos que la lleven de vuelta como testigos de su hazaña. El cruel destino ha relegado a Scott al papel de ser ilustre cartero del triunfo de Amundsen al mundo entero. La fotografía que se hacen los cinco expedicionarios con la bandera británica es un documento histórico pero, antes que nada, un estudio psicológico, que refleja la patética imagen de la derrota y la infinita tristeza de aquellos hombres cansados, que ya no tienen nada por lo que luchar. Proféticamente Scott escribe en su diario: «Todos nosotros le hemos girado la espalda



da al infiel objetivo de nuestra ambición. Ante nosotros se extiende un recorrido de 1.500 kilómetros de dificultosa marcha. ¡1.500 kilómetros de privaciones, hambre y frío! ¡Sueño de mis días, adiós!» Y también: «Me espanta el regreso».

Y, en efecto, la vuelta se convierte en un calvario. Mientras han caminado adentrándose en el reino del frío y la soledad, a pesar de todo, les ha mantenido en pie la esperanza de ser los primeros, el orgullo de saberse representando a un pueblo de vencedores y al ansia de conocimiento de toda la humanidad. La certeza de estar realizando una hazaña que sobrepasa su pequeña existencia les hizo sacar fuerzas cuando ya no les quedaban. De regreso, cansados y derrotados, sólo tienen que luchar por algo tan básico, y en definitiva tan primitivo, como salvar la piel. Quizás en ese momento es tan grande el temor a ese horizonte infinito y desolado que tienen delante como al pesar del regreso a Londres fracasados. Sobre sus espaldas llevan un fardo mucho más pesado, la derrota. Sin embargo, lo cierto es que su hazaña no disminuía en realidad por ser los segundos, apenas unos días tras los noruegos.

Mientras el grupo noruego ya se encuentra a salvo en su base celebrando el triunfo, el de Scott se arrastra penosamente por la meseta polar. Los rigores del invierno antártico que se aproxima se convierten en su peor pesadilla. En esas fechas ya deberían estar de vuelta. Las temperaturas descienden por debajo de los 40° y el viento les zarandea sin darles un momento de respiro. El cansancio acumulado, la deficiente alimentación y el frío van hundiendo al grupo de esforzados británicos. El 17 de febrero muere Evans. Wilson suministra diez pastillas de morfina a cada uno para cuando llegue el momento. Una tarde Oates, que tiene los pies congelados y sabe que es una carga para sus amigos, les dice: «Voy a salir ahí fuera. Quizás tarde un poco».



Museo de Historia Natural de Londres.

Y sale a encarar la muerte en aquella soledad blanca que le servirá de mortaja. Scott, con lágrimas en los ojos, recoge en su diario el gesto del oficial británico, admirador de Napoleón, cuyo retrato ha llevado a la Antártida; un gesto tan valeroso y estremecedor como inútil.

El 21 de marzo se encuentran a tan sólo diecisiete kilómetros del depósito de Una Tonelada. Llegar a ese lugar significa la salvación, pero la tormenta les impide ponerse en marcha. No tienen apenas víveres y el combustible se les ha acabado. Afuera la ventisca les golpea con saña y la temperatura desciende aún más. Ocho días de espera más tarde, saben que están perdidos. Sólo un milagro, es decir la ayuda de sus compañeros de Cape Evans, puede salvarles. Pero sin co-

municaciones y sin un plan de rescate previsto, los tres hombres están condenados. Deciden no caminar más, sólo esperar la muerte. Las últimas palabras escritas por Scott son más una súplica que una queja: «Viernes 29 de marzo. Afuera, delante de la puerta de la tienda, todo el paisaje es una terrible ventisca. Resistiremos hasta el final; la muerte ya no puede estar demasiado lejos: es una lástima, pero no creo poder seguir escribiendo. R. Scott. Por el amor de Dios, cuidad de nuestras familias». Y luego, donde había escrito, «envíen este diario a mi esposa», tacha la última palabra y, con espantosa claridad, la sustituye por «mi viuda».

Siete meses más tarde, el 12 de noviembre, sus compañeros encontraron los cuerpos de Scott, que había abrazado en el último momento a Wilson. Debajo de su cuerpo encontraron sus diarios. Cherry-Garrard fue uno de los que les dio sepultura y el que eligió la frase de su epitafio, un verso del *Ulises* de Tennyson: «Luchar, buscar, encontrar y no rendirse jamás». En el recordatorio por el funeral de Wilson, además de este verso figura la frase latina de «Hechos y no palabras», un excelente alegato de sus afanes científicos.

La enternecedora historia de estos británicos, de sus equivocaciones, mala suerte y tozudez sin medida, se transforma ante la mirada de sus amigos y, poco después, ante el mundo entero. Su derrota se convierte en la mejor de las victorias, pues nada es más sensible a nuestra comprensión que ver aguan-



Cuadro representando a Oates enfrentándose a la muerte.



Los autores en el museo de Tring, delante de los huevos de pingüino emperador traídos por Cherry-Garrard.

tando en pie hasta el último momento a unas personas vencidas en buena lid por la naturaleza desatada y el implacable destino. Así entran, desde ese mismo momento, en la leyenda. Su historia será narrada en libros y películas. La figura de Scott se agiganta y, sólo después de muerto, logrará vencer a Amundsen. Es la historia de unos hombres que en busca de la gloria dejaron todo, hasta la vida. Una de esas historias que, como escribió Stefan Zweig, «es la más grandiosa tragedia de todos los tiempos, la que de cuando en cuando logra crear algún poeta, y la vida miles de veces».

Aquellos tres huevos de pingüino emperador, conseguidos a costa de tan grandes sacrificios, serán el mejor símbolo de esta expedición desgraciada, que Cherry-Garrard calificó con precisión como «el peor viaje del mundo». Y, en cierto sentido, es el viaje más épico y dramático de la exploración polar, de la conquista de lo inútil, adelantándose cincuenta años a Lionel Terray, que reclamó ese honroso título para los alpinistas. Tras dos años de sufrimientos y penalidades sin cuento, el resumen de la expedición de Scott a la Antártida será la pérdida de cinco hombres en los hielos eternos y tres huevos de pingüino emperador con su etiqueta en los anaqueles de un museo cercano a Londres.

A su vuelta a Gran Bretaña Cherry-Garrard llevó los tres huevos al Museo de Historia Natural. Pocas personas en el mundo podían valorar como él lo que había costado hacerse con ellos y lo que entonces simbolizaban. Sin embargo, el director del museo no se mostró especialmente interesado. Cuando Cherry-Garrard le preguntó si podía darle un recibo de entrega, este le despachó diciendo: «No es necesario. Todo está correcto, no necesita esperar». De esta forma se ponía el punto final al viaje polar más duro y desgraciado de la histo-



ria. Cherry-Garrard no perdonó nunca esa frialdad burocrática y años después escribió al Museo reprochando su actitud, como si «aceptar lo que se ha conseguido fuera un honor que conceden al coleccionista».

Estudios posteriores demostraron que, lejos de ser primitivos o un eslabón perdido entre los reptiles y las aves, los pingüinos son descendientes modernos de las aves voladoras. Bajo esta perspectiva podría considerarse que *El peor viaje del mundo* tampoco fue muy útil. Sin embargo, gracias a su recolección y a su estudio embriológico posterior pudo despejarse la incógnita sobre los remotos pingüinos. Pero creemos además que sus enseñanzas son lo más aleccionador de la expedición británica. Y los autores de este escrito tuvimos la fortuna de comprobarlo al visitar en la primavera de 2006 las dependencias de ese mismo museo donde se guardan aquellos huevos, los protagonistas a última hora de una de las mayores aventuras en los hielos de todos los tiempos. ■